

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Volumen 2, Número 2, Agosto 1993

La judeidad entre las ideas de la narrativa de Borges

Gustavo D. Perednik

pp. 37-42

La judeidad entre las ideas de la narrativa de Borges

Gustavo Daniel Perednik

NO es casual que una obra como la borgeana, tan pletórica de paradojas en sus contenidos, las exhiba también en las formas. Verbigracia, a pesar de su relativa brevedad, la creación de Borges constituye propiamente un universo literario. Su fascinante vastedad es consecuencia de una multiplicidad de fuentes que son, amén de inesperadas, virtualmente innumerables. Como lo resumiera André Malraux, Borges lo leyó **todo**, y especialmente aquello que ya nadie lee.

Por ello, evocar al autor de "El Aleph" puede empujarnos en varias direcciones. Una, la de Palermo, malevos, Güiraldes, arrabales o Evaristo Carriego, resultado de una pluma vivamente argentina. Otra, un fluir de asociaciones que abarca a Rilke, *Las mil y una noches*, los vikingos y el Dante, y revela a quien, incapaz de estrecharse en una sola tradición, es un creador universal.

Mas para imponer su multifacética originalidad le han bastado a Borges pequeños ensayos

y breves cuentos; ése es su género, una mezcla sin solución de continuidad que nos depara poemas narrativos, cuentos ensayísticos y ensayos poéticos, combinación difícilmente hallable en otros creadores.

Borges es en esencia un escritor fantástico. Sus temas así lo indican, aun los de sus ensayos, que parecen exteriorizar la vivencia de un niño confrontado con un mundo que lo fascina por su misterio. Lo atrae la metafísica, pero, como diría él mismo, la felicidad interrumpe su estudio, y no acepta ningún sistema como verdadero. Borges hace de todos ellos un juego de la mente. Los más permanentes dilemas de la filosofía son explícitamente planteados, y sus problemas más abstractos se vierten en el rico lenguaje de las imágenes y los símbolos.

Pero no es un filósofo y por ende no explicita una vinculación a ninguna escuela. No obstante, si nos obstináramos en definir la filosofía de Borges, podríamos arrimarnos a un empirismo radical, que se expresa no sólo en sus ensayos sino también en

Argentino. Completó en Nueva York sus estudios de doctorado en filosofía, asignatura que enseña en la Universidad Hebrea. Es autor de varias novelas premiadas (En lo de los Santander, Ajitofel, Lamej) y de varios libros de ensayos (Hebreo soy, Custodia de tres mil años).

sus cuentos.¹ “Funes el memorioso”, por ejemplo, es típicamente representativo de su rechazo a toda distinción entre ideas y sensaciones.

Aspectos filosóficos

LA narrativa breve constituye probablemente el género más tardío del universo borgeano. En efecto, hasta 1930 su principal *medium* creativo fue la poesía, y sólo los años treinta anunciaron esa metamorfosis que lo llevó virtualmente a abandonarla para dedicarse a la narración breve. Esta fue ulteriormente lo más representativo de su obra, característica que explica nuestra preferencia a los efectos de este artículo. Su inclinación por la filosofía, con todo, no menguó en ningún momento, y en la narrativa se traducen a literatura el mentado empirismo y también otras ideas filosóficas como el nominalismo o el idealismo en general, en continuidad con tantos filósofos que fueron asimismo grandes escritores como Hume, Berkeley, Descartes, James y, sobre todo, Schopenhauer.²

Entre las ideas presentes en la literatura borgeana, el azar es frecuentemente núcleo central. Un cuento en particular conforma una metáfora, como Borges mismo lo sostendría, de que “el concepto de texto **definitivo** no corresponde sino a la religión o al cansancio”. Pierre Menard es efectivamente uno de sus protagonistas más estudiados desde el punto de vista filosófico, quien elige escribir un libro **ya escrito**, un texto absoluto que intenta “abolir el azar”.

Otro cuento, “La escritura del Dios”, insinúa que existe un saber, pero para alcanzarlo se debe trascender la condición humana. El hecho estético es para él “la inminencia de una revelación que no se produce” y la filosofía, su escenario. Nuestra condición ilusoria, por su parte, se ilustra con los espejos que se duplican.

Un tercer relato que refleja su propia filosofía es “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, en el que escribe acerca de aquellos metafísicos que “no buscan la verdad ni la probabilidad; buscan el asombro. Creen que la metafísica es una rama de la literatura fantástica”. Parece leerse allí la opinión del propio autor, y la grandeza de su arte.

Su idea de un universo infinito y jerárquico, con la regresión infinita como corolario, llevó a muchos críticos a compararlo frecuentemente con Franz Kafka, a quien fue uno de los primeros en traducir al castellano.³ Una de las similitudes entre ambos cuentistas es el examen insuficiente

de un tema imposible por parte del narrador. Una diferencia es que mientras en Kafka las enigmáticas situaciones generan retratos de minuciosa degradación, en Borges proponen teoremas compactos pero ampliamente significativos.

Las miniaturas narrativas de Borges parecen en un principio muy misteriosas, pero contienen las claves para su propia elucidación. Ofrecen claros paralelismos con otras obras suyas, y también alusiones explícitas a un contexto literario y filosófico definido en el cual ha elegido situarse.⁴

Como es sabido, las ideas relacionadas con el judaísmo ocupan en los cuentos de Borges un lugar de privilegio. Algunas de ellas serán observadas en estas páginas.

Judaísmo y judeidad

DE esa amalgama entre lo argentino y lo universal de la que hablamos al comienzo, surge sin duda **una** cultura que le atrajo en especial. El interés de Borges por lo judaico se remonta a la Biblia, su código inglés paterno,⁵ a partir del cual conoce el judaísmo.

Lo judaico en Borges puede ser planteado como el viaje del filósofo que propone Platón. Se nutre, se va de la sociedad y regresa a ella. Por esas tres etapas pasó el Israel borgeano.⁶

Un filósofo judío que decididamente penetra sus cuentos es Baruj Spinoza, mencionado expresamente en “La muerte y la brújula”. Allí se destila su doctrina en una suerte de dilucidación racional-geométrica de Dios. Borges fue directo al denominarlo “un cuento judío”.

Mas no sólo las ideas concebidas en el judaísmo interesan a Borges, sino también la circunstancia del hombre judío de carne y hueso, las formas de asunción de su pertenencia, la judeidad. Dos personalidades que lo atrajeron al judaísmo son testimonio de su énfasis puesto en la condición del judío más que en los contenidos de su cultura. En primer lugar, recomienda el aprendizaje del idioma alemán por medio de la poesía de su admirado Heine y un diccionario; en segundo lugar, el primer libro que lee en ese idioma es *El Golem* de Meyrink, una fantasía sobre el ghetto de Praga, que lo acercó para siempre a las cuestiones cabalísticas. Así es como “lo judío” se le presenta de la mano de un apóstata y de un gentil, respectivamente.

Paralelamente a esa amplia definición de la judeidad, hubo quienes rastrearon los orígenes

judaicos de Borges, y otros que le atribuyeron una condición judía más ligada a lo existencial.⁷

Sabedor de tales intentos, Borges se refería a su pretendida judeidad dando rienda suelta a una irónica y escandalosa humildad: “No lo merezco... He hecho lo mejor que pude para ser un judío. Pude haber fracasado... Si pertenecemos a la civilización occidental, entonces todos nosotros, a pesar de las muchas aventuras de la sangre, somos griegos y judíos... Muchas veces me pienso judío pero me pregunto si tengo el derecho de hacerlo”.⁸ Vale mencionar que la única opinión política a la que Borges permite interferir en su literatura fue la defensa de Israel “cuando lo urgió la exaltación de la Guerra de los Seis Días”.⁹

Los fundamentos de tamaña inclinación descansan en sus años formativos en Europa. Después de su estada allí durante la Gran Guerra, en amistad con Rafael Cansinos-Assens, su retorno a Buenos Aires coincidió con el surgimiento del nazismo, que lo llevó a un filosemitismo militante. Un período muy destacado de su obra fue precisamente la Segunda Guerra Mundial.¹⁰

Las menciones judaicas salpican su creación desde el comienzo.¹¹ En el mentado “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” de 1941, toca el tema del judaísmo (“La religión y la metafísica como derivación del lenguaje”), pero más aún el de la judeidad, que comienza a hacerse fluido en su obra: “Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden —el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo— para

embelesar a los hombres. ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado?”.

En general, la narrativa de Borges exhibe una amplia galería de personajes judíos, sobre cuya judeidad frecuentemente se explaya. Unos portan tonalidades muy positivas como David Jerusalem; otros las más negativas como Aarón Loewenthal.

Un minión de personajes

LA fluidez en caracterizar a los personajes surge de la soltura con la que Borges se interna en ellos, en este caso gracias a la libertad que le otorga el hecho de ser un filosemita. Su filosemitismo, en efecto, le permite intercalar sin pudor estereotipos negativos del judío a fin de enriquecer el logro literario.

Por ejemplo, ya en 1934, en el cuarto cuento de la *Historia universal de la infamia*, “El proveedor de iniquidades Monk Eastman... era hijo de un patrón de restaurante de los que anuncian Kasher, donde varones de rabínicas barbas pueden asimilar sin peligro la carne desangrada y tres veces limpia de terneras degolladas con recitid”.¹²

El judío en este relato “fue el encargado... de mantener el orden en uno de los salones de bailes públicos... que abundaban hacia 1894 en la ciudad de Nueva York... Ejerció hasta 1899, temido y solo.... He aquí sus honorarios: 15 dólares una oreja arrancada, 19 una pierna rota... 100 el negocio entero”. Con referencia a su ju-



deidad, el autor parece sorprenderse de que rasgos de inmoralidad tan extrema definan a un judío y nos dice: “Cosa **extraña**, ese malevo tormentoso era hebreo” (el subrayado es mío).

Paralela ironía a la de degollar con rectitud se aplica años después en “Emma Zunz”, en donde Aarón Loewenthal “era para todos un hombre serio; para sus pocos íntimos, un avaro. El dinero era su verdadera pasión... Era muy religioso; creía tener con el Señor un pacto secreto que lo eximía de obrar bien, a trueque de oraciones y devociones”. Al morir, Loewenthal “injuria en español y en ídish”.

La soltura que señalamos se hace patente también en un cuento muy posterior, “Guayaquil”, en el que “Martín Heidegger... Probó asimismo que el linaje de Zimmerman era hebreo, por no decir judío”. La incuestionable solidaridad de Borges para con el pueblo de Israel le permite escribir de uno de sus personajes que “pertenecía a los depravados y aborrecidos ashkenazim”. Y aunque tal aseveración pertenezca a un personaje nazi, la primera persona utilizada por el autor enfatiza la vileza del vocabulario elegido. En general, es llamativo que una buena parte de sus personajes judíos sean, en mayor o menor medida, criminales.

Además de los menores o irrelevantes, como Nahum Cordovero en “El inmortal” o Manuel Maier en el mentado “Emma Zunz”, lo que Monk Eastman inaugura en 1934 es el *minián* de diez judíos centrales en la narrativa borgeana, a saber: 1) Edward Ostermann, 2) Red Scharlach, 3) Marcelo Yarmolinsky, 4) Jaromir Hládik, 5) Aarón Loewenthal, 6) Emma Zunz, 7) David Jerusalem, 8) Urmann, 9) Jacobo Fischbein, y 10) Eduardo Zimmermann.¹³ De esos diez, los dos primeros y la mujer son homicidas; el quinto, un estafador; el noveno, un traidor; el último, un usurpador.

Entre los personajes del cuento judío “La muerte y la brújula” de 1942, tanto el asesino Red Scharlach como el periodista Marcelo Yarmolinsky son judíos. El primero nos cuenta que “Un irlandés trató de convertirme a la fe de Jesús. Me repetía la sentencia de los *goím*: todos los caminos llevan a Roma”.

El segundo es “delegado de Podólsk al Tercer Congreso Talmúdico” y la ironía de Borges combina la actitud individual del judío con las características que lo vinculan a su estirpe: “Nunca sabremos si el hotel le agradó. Lo aceptó con la antigua resignación que le había per-

mitido tolerar tres años de guerra en los Cárpatos y tres mil años de opresión y de pogroms”.

Otra faceta irónica son los sentimientos anticristianos que se vierten en una coyuntura de autodefensa: “Quizá este crimen pertenece a la historia de las supersticiones judías”, murmuró Lönnrot. ‘Como el cristianismo’ se atrevió a completar el redactor de la *Yidische Zeitung*, Marcelo Yarmolinsky”. Una expresión parecida se lee en “Deutsches Requiem”: “El mundo se moría de judaísmo y de esa enfermedad del judaísmo que es la fe de Jesús”.

Con todo, la cualidad más reiterada de sus judíos es su pertenencia a la intelectualidad; son personas ilustradas, artistas. “El milagro secreto” es protagonizado por quien vive en la Zeltnergasse, en donde vivía Kafka. Jaromir Hládik es traductor del *Sepher Ietzirah* y autor de un drama poético, *Los enemigos*. La detención del tiempo en un instante, uno de los temas que fascinó a Borges, aparece en este cuento por medio de un gracia que Dios le concede a este escritor antes de su fusilamiento. Cabe mencionar que en el cuento “Cuatro versiones de Judas”, una herejía general, el mismo Hládik es citado como parte de una pretendida bibliografía.

En cuanto a Emma Zunz, su judeidad también resulta obvia en el relato. Si nos remontamos a la apreciación moral del autor, podemos reconocerla también cuando Emma “se declaró, como siempre, contra toda violencia”. Y en ese “como siempre”, en una joven de dieciocho años de edad, parecen reverberar nuevamente los tres mil años de opresión.

El cuento “Deutsches Requiem” trae a David Jerusalem, un personaje que aparece tan sólo en el recuerdo de su verdugo. El judío había sido un “célebre poeta” que es comparado con Whitman. El protagonista del cuento es un alemán condenado por torturador que espera su fusilamiento. David Jerusalem se presenta como “una zona del alma” del criminal y “tal vez símbolo de varios individuos”, nos informa el autor.

En 1956 aparece el octavo de nuestros personajes, Urmann, en “La secta del Fénix”, alegoría en la que Borges “se impuso el problema de sugerir un hecho común —el Secreto— de una manera vacilante y gradual que resultara, al fin, inequívoca”.

En ella Borges utiliza su habitual recurso de escribir en estilo ensayístico y nos informa que “Martin Buber declara que los judíos son esen-

cialmente patéticos; no todos los sectarios lo son y algunos abominan del patetismo; esta pública y notoria verdad basta para refutar el error vulgar (absurdamente defendido por Urmann) que ve en el Fénix una derivación de Israel. La gente más o menos discurre así: Urmann era un hombre sensible; Urmann era judío; Urmann frecuentó a los sectarios en la judería de Praga; la afinidad que Urmann sintió prueba un hecho real”.

Eduardo Zimmermann y Jacobo Fischbein

LOS dos últimos personajes del *minián* son Maquélos en los que la judeidad está más elaborada. Ambos son de *El informe de Brodie* de 1970. En el cuento “Guayaquil” se destaca la judeidad del protagonista, el doctor Eduardo Zimmermann, de la Universidad del Sur, quien compite con el narrador para viajar a Sulaco, capital del imaginario Estado Occidental, a fin de descifrar una carta de Bolívar, firmada en Cartagena en 1822.

De Zimmermann se nos informa que es “un historiógrafo extranjero arrojado de su país por el Tercer Reich y ahora ciudadano argentino”. La mención posterior, menos neutra, hace una descripción del “...éxodo y de las transhumanes actividades de nuestro huésped”. El protagonista lo define en otra formulación: “Ah, Schopenhauer, que siempre descreyó de la historia... Pero precisamente la historia, encarnada en un insensato, me arrojó de esa ciudad...”.

La judeidad asoma también en la obra del historiador: “De su labor, sin duda benemérita, sólo he podido examinar una vindicación de la república semítica de Cartago...”, y el autor emite otra ironía en forma de opinión: “El servilismo del hebreo y el servilismo del alemán estaban en su voz”.

Zimmermann saldrá vencedor de un sutil enfrentamiento intelectual con su competidor gentil. Logra incluso apaciguar al oponente, al disfrazar de derrota su propia victoria: “Es su sangre. Usted es el genuino historiador. Su gente anduvo por los campos de América y libró grandes batallas, mientras la mía, oscura, apenas emergía del ghetto”.

Y arribamos a la más pormenorizada de las judeidades borgeanas, la de Jacobo Fischbein, del cuento “El indigno”. Se nos indica que “solía condenar el sionismo, que haría del judío un hombre común, atado, como todos los otros, a

una sola tradición y un solo país, sin las complejidades y discordias que ahora lo enriquecen”.

Lo que constituye una nueva manifestación literaria, fue entendido como una opinión del autor. Edna Aizenberg en *El tejedor del Aleph*, intenta justificar esta condena del sionismo “por parte de Borges”, sobre todo porque se produce justamente entre sus dos viajes a Israel, y llega aun a la revelación de raíces filobritánicas que explicarían el “antisionismo” de Borges. Nos parece excesivo. Borges no niega el sionismo; crea una idea que pone en boca de Fischbein, según un hábito de invención de doctrinas y de razonamientos parciales que le es muy propio. La invención de ideas —a menudo llevadas a una lógica tan extrema que linda con el absurdo— es parte del estilo de Borges, pero todas se presentan con un sentido estético.

Veamos otras características de Fischbein: es dueño de una librería céntrica de Buenos Aires en la que compila una copiosa antología de la obra de Spinoza; tiene (no para la venta) la *Kabbala denudata* de Rosenroth. Es enterreriano, condición que le permite desmitificar a los “gauchos judíos (que) no hubo nunca; éramos comerciantes y chacareros”. En su adolescencia comienza a endiosar a orilleros y malevos, a quienes termina por traicionar.

Relata de sí mismo: “Me he afiliado al partido socialista, soy un buen argentino y un buen judío”. Puede entenderse que la afiliación al socialismo es la peculiar forma que adquiere su ser “buen” argentino y judío, y no una virtud adicional. Ello se evidenció porque Fischbein en ningún momento ejerce ese ser “buen judío”. Además de antisionista, se avergüenza de su pertenencia y esconde su nombre para que no lo desprecien (“sentía el desprecio de la gente y yo me despreciaba también... Me había puesto Santiago para escamotear el Jacobo, pero quedaba el Fischbein” y acaban por decirle “el Rusito”); no es religioso (un viernes a la noche participa, como “campana” y como traidor, del asalto a la tejeduría de Weidemann, otro judío con el que no parece identificarse). Incluso en la policía reitera que es un “buen argentino”, pero excluye la parte judaica.

Las contradicciones internas de esta judeidad son un buen broche para mostrar elocuentemente la compleja e inexplicada dimensión del judío, que fascinó a Borges no menos que el judaísmo como civilización, y que se exterioriza vívidamente en su narrativa.

NOTAS

- 1 Según *El tamaño de mi esperanza* de 1926: "El mundo aparential es un tropel de percepciones barajadas... Los sustantivos se los inventamos a la realidad".
- 2 En Borges aparece la idea schopenhaueriana de la fusión del contemplador con la cosa contemplada. Para el autor de "El Aleph", éste es el momento estético. La doctrina aparece en *Historia de la eternidad* (1936) y en "Nueva refutación del tiempo" (1947), en donde se expresa el anonadamiento o éxtasis del sujeto en la pura contemplación de la Idea.
- 3 La influencia de *La gran muralla china* (la obra de Kafka preferida por Borges) es notable en "La lotería de Babilonia" y en "La biblioteca de Babel".
- 4 En este sentido, el escritor israelí Jaim Hazaz lo compara con el rabí Meir del Talmud, porque despoja a la literatura de sus vestiduras. Lo primordial no es el relato del hecho, sino su significado interno.
- 5 Su abuela paterna, Fanny Haslam Arnett, era una biblista. Borges llama a la Biblia hebrea "el punto de partida de todo", y escribe metáforas sobre muchos personajes bíblicos.
- 6 Así lo expone nuestro "Borges, judío" (1991, p. 10).
- 7 George Steiner lo cita como ejemplo de la extraterritorialidad, del escritor que rechaza los límites de una sola herencia. Probablemente fue ese rechazo el que lo llevó al Premio Jerusalén en 1971. Cabe recordar que Borges integra la lista de los grandes que no recibieron el Nobel (no dársele, sugirió, fue una tradición anual escandinava). Tal nómina nada despreciable incluye a Tolstoi, Ibsen, Proust, Joyce, Strindberg, Malraux, Rilke y otros.
- 8 *Borges at Eighty*, Willis Barnstone, Bloomington: Indiana University Press, 1982, p. 75.
- 9 Bernardo Ezequiel Korembliit narra en *Sefárdica* las circunstancias de la poderosa identificación de Borges con Israel durante aquella guerra. Borges lo alude en su prólogo al *Informe de Brodie* del 19 de abril de 1970.
- 10 En este período publica su prólogo al *Mester de judería* de Carlos Grünberg (1940), "La muerte y la brújula" (1942) y "El Aleph" (1945).
- 11 Algunas, como era de esperarse, vienen cargadas de gran erudición. Ya en el "El acercamiento a Almotásim" de 1935, leemos: "Yo, con toda humildad, señalo un precursor lejano y posible: el cabalista de Jerusalén, Isaac Luria, que en el siglo XVI propaló que el alma de un antepasado o maestro puede entrar en el alma de un desdichado para confortarlo o instruirlo. IBBUR se llama esa variedad de la metempsicosis". O: "La inversión incondicional de los términos es una tradición satírica de injuriar: ...los judíos errantes, acusados de parálisis... Narran los cabalistas que la simiente del remoto Abram era estéril hasta que interpolaron en su nombre la letra HE, que lo hizo capaz de engendrar".
- 12 *Historia universal de la infamia* es un aporte originalísimo a la literatura, en el que se analizan siete existencias en las que predomina lo moral por sobre lo metafísico.
- 13 Por orden cronológico: Marcelo Yarmolinsky y Red Scharlach ("La muerte y la brújula", 1942), Jaromir Hládik ("El milagro secreto", 1943), Urmann ("La secta del Fénix", 1944), Aarón Loewenthal y Emma Zunz ("Emma Zunz", 1945), David Jerusalem ("Deutsches Requiem", 1946), Jacobo Fischbein ("El indigno", 1970), y Eduardo Zimmermann ("Guayaquil", 1970).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Borges, Jorge Luis (1926). *El tamaño de mi esperanza*. Buenos Aires: Proa.
- (1935). *Historia universal de la infamia*. Buenos Aires: Tor.
- (1936). *Historia de la eternidad*. Buenos Aires: Viau y Zona.
- (1944). *Ficciones*. Buenos Aires: Sur.
- (1947). *Nueva refutación del tiempo*. Buenos Aires: Oportet y Haereses.
- (1949). *El Aleph*. Buenos Aires: Losada.
- (1970). *El informe de Brodie*. Buenos Aires: Emecé.
- Grünberg, Carlos M. (1940). *Mester de judería*. Buenos Aires: Argirópolis.
- Korembliit, Bernardo E. (1988). "El mundo judío de Borges". *Sefárdica*, a. III, n.6, pp. 35-48.
- Perednik, Gustavo D. (1991). "Borges, judío". *OJI*, Boletín del Congreso Judío Latinoamericano, n.592, Bs. As..
- Steiner, George (1971). *Extraterritorial*. New York: Atheneum.